



Amanda Pedrozo

Princesa

Ocurrió una mañana de abril, en casa de su padre. El dolor de cabeza la retuvo en la cama hasta que recordó a Manuel, todavía revuelto entre sus piernas. Lo vistió en la penumbra con la habilidad de las mujeres para esas cosas; lo despertó como un animal, lamiéndole la cara, los dedos, el pecho velludo (olían con tanta especificación a sexo que se le ocurrió, no bastaría el agua del grifo para lavarlos). Fue después, cuando el muchacho se fue y ella terminó de retirar los cubiertos de la mesa.

Las cosas estaban en un silencio lindo, el sol de la infancia (distinto al de todos) a un lado de la ventana, Mamer durmiendo en la caja de papas. No recordaba su pensamiento en el momento que el sentimiento se le metió en el cuerpo, aunque sí una sensación de locura que la persiguió por el resto de la casa. Desde entonces se quiso morir, con igual intensidad, con la misma persistencia, con tanta buena fe que no se lo contó a nadie y enteramente sola planeó los pormenores de su muerte.

Princesa era una artista. Su padre la formó en los secretos de la música cuando sabiendo que desde el patio ella lo escuchaba con los ojos clavados en las estrellas, se tumbaba en la hamaca y le cantaba con pasión de hombre, como si fuese su enamorado, como si le lamiese las comisuras de los labios con cada punteada de guitarra, así como ella hizo después, con otros hombres.

De su madre recordaba cosas que había oído. Una mujer de burdeles metida a señora por ganas de mostrarle al mundo que también podía con esa vida inservible de tanto vivirse de la misma manera, de hacer chicos sin pensar en ellos, de la cama, cuya

frecuencia no dejaba de extrañar. Los hombres jamás faltaron en [120] su casa, y con uno se marchó, hacía demasiado como para que a nadie le afectara.

De ella heredó Princesa ese olor que ponía en celo a quien viese sus cabellos del color de un cuarto cerrado, sus pechos en triángulo. Hasta el día que se quiso morir (y después, pero de manera distinta) se mostró alegre con sus amigos, siempre dispuesta a notar el lado bueno de las cosas. Tenía la voz más estruendosa de los alrededores, risa de mujer grande, manos de quien las usa. Un juicio apresurado podría declararla vulgar, y de no tratarse de ella, lo sería.

Fue una semana después de andar enredándose con su pensamiento que lo decidió. Metió a Mamer en un bolso de mano, olió los azahares de la calle baldeada con la lluvia de una tarde que nunca dejaría de recordar, ordenó las bolsas de basura de la vereda y pasó por la casa de Manuel. No era un lugar especial, excepto por esa piecita del fondo.

Cuando Manuel la metió por primera vez se quedó muda, las manos sosteniendo la falda. Giró la cabeza hacia él. El rostro que tenía puesto recordaba al del primer arco iris, al del vuelo de las langostas en verano. Le pidió permiso con esa cara y con ella recorrió la superficie de las bicicletas sin ruedas, los muebles destartados, la pila marrón de los periódicos, las muñecas mutiladas, las ropas comidas por la humedad.

-¿Por qué te gustan? -Preguntó Manuel.

-Son como gente -dijo ella, y si hubiese podido expresarse habría agregado que todo está ahí. Un niño sobre la alfombra. Una risa en el jardín. El ruido de los almohadones sobre la cama. La luz de los veladores. ¿Por qué nadie tira las cosas que ya no usa? Quizás porque si pierden la memoria de sus vidas, no tendrían adónde ir.

Manuel no la entendía, pero sabía que después vendría el cuerpo de Princesa, sus manos buscándole por todas partes, su amor de perra gimiendo para darle el gusto. Esta vez no fue diferente, o por lo menos Manuel no se dio cuenta porque la quiso enseguida, su vestido haciéndose a un lado para dejarlo ser feliz [121] como por mucho tiempo no volvería a serlo. Después fue ella prefiriendo sus besos de muchacho universitario, su torpeza al subirle el cierre, sus ganas todavía cuando la dejó en la avenida.

-¿Te acompaño? -se ofreció.

-No podés -dijo ella, se levantó sobre los dedos del pie y lo besó en la boca. De aquello, cuando el barrio comenzó a preguntar, el muchacho sólo confesó haberla visto ese día. A la semana todos estuvieron seguros. Princesa, la hija del músico, había hecho como su madre. Se había ido.

Tomó el interurbano, colocó a Mamer sobre su regazo y aguardó. También lo hizo y con la misma paciencia en la fila de los boletos, en la Terminal. Cuando le llegó el turno, preguntó cuánto costaba uno a Santa María, el pueblito de las Misiones, y el dependiente le habló de asientos clasificados y servicio de video mientras ella, incapaz de entender diferencias, preguntó de nuevo cuánto costaba uno a Santa María, en las Misiones. El empleado optó por darle asiento en el colectivo más económico, por arreglarle, más tarde, un lugarcito para Mamer entre los bultos.

-Es usted muy amable -le dijo Princesa desde la ventanilla.

-Y usted muy hermosa -respondió el hombre.

Ella le tuvo lástima. No había nada más triste que un hombre solo, caminando hacia las once de una noche silenciosa como aquella.

A las seis de la mañana del día siguiente, Santa María apareció ante sus ojos como una falda floreada extendida sobre una loma desde donde, por la parte de atrás, se erguía el torso de un cielo completamente azul. Revisó el bolso de mano. Palpó. Sintió el cepillo de dientes, un libro rescatado de lo de Manuel, el paquete con el dinero. Todo estaba allí.

Su vida en el pueblo comenzó en un local nocturno, como mesera, pero apenas dejó escuchar su voz llena de sentimientos, le dieron el puesto de cantante con un sueldo que alcanzaba para la comida, un cuartito en la parte posterior del local y la ración de leche de Mamer. Rehusó propuestas frecuentes en lugares como aquel por la sola razón de tener en orden su vida. [122]

-Hacer el amor tiene que ver con el alma, no con el dinero -dijo tantas veces, que los Parroquianos terminaron por entender. Y era verdad. Lo había hecho con el sobrino del patrón porque se lo pidió de tan buena manera, que la conmovió. Lo llevó a su casa, le enseñó a darle la leche a Mamer, lo desvistió y entonces estuvo con él cuando le entró miedo, cuando le pidió disculpas y se quiso ir, cuando accediendo a sus caricias, se metió de vuelta en la cama y por fin supo cómo hacen los hombres para amar a una mujer. Estuvo también después, cuando todo acabó y el muchacho no quiso sobreponerse a la tristeza que sobreviene al sexo.

También lo hizo con el violinista que la acompañaba en sus actuaciones porque esa vez fue ella quien estuvo triste. Había cantado aquel bolero preferido por los santamarianos, el «Somos Novios» de Manzanero. Cuando terminó, no se quedó a escuchar los aplausos. Dejó la guitarra sobre el taburete y se perdió en el pasillo de los lavabos, rumbo al depósito de trastos utilizado como vestuario.

El lugar no tenía mayores novedades. Cuadrado, con ese aire de misterio de los cuartos encerrados, oscuro incluso cuando la bombilla de luz extendía su piel amarilla sobre el pequeño armario, utilizado por Princesa para sus improvisadas sesiones de maquillaje. El violinista, un hombre enteramente entregado a su soledad, la siguió pensando que podía ser algo físico, conjetura abandonada apenas la vio frente al espejo, raspándose la cara con un paño sucio. Con la cualidad de los seres para reconocer a los de su especie se acercó, tomó el paño y retiró el resto del maquillaje del rostro de la joven.

-Sé lo que es -le dijo-. A mí me pasa todo el tiempo. Pero no le vamos a dejar. A vos no...

Princesa sintió cómo el vestido de seda se despegaba de sus hombros, una mano caliente bajando hasta el ombligo, los bordes de los labios del extraño pegados a su espalda. Cerró los ojos. Buscó el rostro de aquel hombre en su recuerdo. No lo encontró (lo tenía demasiado cerca); pensó si quería hacerlo y entonces se incorporó y (no se molestó en sostener el resto del vestido sobre su cuerpo) lo [123] miró. El frío del cuarto le recordó

el calor anterior, las manos del violinista. Cuando las luces del local se apagaron ellos se incorporaron uno del otro, se vistieron y salieron a la calle. No lo repitieron, pero a veces, cuando estaban solos se tomaban de la mano, y si además llovía como aquella noche, salían hasta la puerta del salón y se quedaban viendo las formas geométricas del agua sobre los barandales de Santa María.

Los días transcurrieron hasta que volvió el dolor en el pecho, esa especie de urgencia que Princesa reconoció como su deseo inquebrantable de muerte. ¿Por qué le costaba tanto morir? En el salón escuchaba comentarios de fallecimientos, de accidentes ridículos que se cobraban la vida de cualquiera. ¿Por qué ni siquiera pudo morir de pena lejos de su padre, de Manuel? No creyó aguantar una semana, y sin embargo hacía meses que estaba en aquel lugar de nadie sin sufrir siquiera un mareo.

Fue por entonces que aceptó las primeras visitas, el peregrinaje disimulado del pueblo hasta su dormitorio, el rito del amor prolongado por encima de las resistencias del cuerpo. «Mucha gente se muere de amor», pensaba Princesa, y concluía que a la larga el exceso tendría que ocasionarle tal final. Por supuesto no podía explicar estas cosas a los hombres, y nunca lo hizo, ni siquiera cuando se resistían a abandonarla sin abonar algún precio por el honor de ser queridos por ella.

Princesa los vestía y desvestía como si fuesen sus hijos, sorbía las lágrimas de emoción de los jóvenes y besaba la boca pasada de los ancianos, los bañaba en su latona de plástico con zumos de flores, se untaba con gomina los dedos y los peinaba a su antojo. Sin embargo, ninguno acabó con ella.

En el mes de octubre llegó el circo. Hubo sonido de tambores en las calles y niños alarmados por la inminencia de la felicidad. Ella no fue sino a la semana, invitada por el violinista que acompañaba en un numerito a los payasos. La carpa principal era un hongo con banderas humedecidas en los vapores del viento norte.

Sentada en las graderías, Princesa asistió a la función de fin [124] de semana. Primero salieron los caballos amaestrados, los monociclistas, los chimpancés besucones, el hipnotizador de leones y los engendros (la mujer barbuda, el hombre de tres orejas, el indio de piel escamosa, la muchacha de tres senos). Las luces se apagaron, sonaron de nuevo los tambores, se iluminaron los techos de la carpa y una voz sin rostro anunció el «¡número que todos esperaban: Los payasos marroquíes acompañados por el inigualable sonido del violín de Santa María!».

Princesa deliraba. Desde su banqueta podía distinguir una oreja en la segunda fila, los dientes amarillos de una mujer en la cuarta, unas rodillas plegadas en preferencias, la mano de la muchacha sobre una bragueta de populares, las medias negras de la prostituta, la rosa en el escote de la directora de la escuela. Cuando la gente gritó, buscó con la vista en el escenario. El público se agolpó en las barandillas. Un caballero, sin dejar de ver por encima de la muchedumbre, relataba a gritos el suceso. Se trataba del violinista. Una viga suelta le cayó encima. Princesa se quedó en su asiento hasta que el personal de primeros auxilios se llevó el cadáver. Cerró los ojos. Buscó el rostro de aquel hombre en su recuerdo y lo encontró (nada se lo impedía, ahora que estaba lejos).

La lluvia jamás fue la misma, ni siquiera la de su última noche en el pueblo. Acurrucada junto a Mamer, aguardó en el cuarto las señales del amanecer. «La muerte acaba con la

gente equivocada», pensó mientras reclinaba sus ojos, por última vez, en los barandales de las casas blancas de Santa María.

Princesa volvió. Retomó lo que pudo, lloró la muerte de su padre y se fue a vivir con Manuel, para entonces un profesional de saco y tarjeta personal eternamente inquieto por su manía de dormirse pegada a él. «No me sueltes», le decía en medio de la noche. Manuel no lo hacía. Tampoco preguntaba. El amor cubría las posibilidades.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

